

de los matadores. Los gobernadores de la vida son cinco, á saber, el sol, la luna, el horóscopo, la parte de la fortuna, y el dominante de aquellos lugares. Los puestos aféticos son tambien cinco, el medio del cielo, el horóscopo, y las casas XI, VII y IX. Si en alguna de estas se encuentra uno de los cinco gobernadores susodichos, indicará la vida; siguiése, pues, que uno puede tener muchos aféticos. En los que deben crecer hay siempre muchos aféticos, al paso que son débiles los de uno solo, etc., etc. Los matadores en direccion recta son dos, Saturno y Marte, y sus aspectos opuestos y cuadrados, que componen seis. Pero todo el que quiera dirigir hácia el bien operaciones astrológicas, debe observar dos cosas, ó á lo ménos una, esto es, los movimientos de las estrellas y el tiempo. En cuanto á los movimientos, verá si están en ascenso ó en descenso, si son esenciales ó accidentales sus ángulos, y principalmente en qué estado se encuentran en la octava esfera: algunos por descuidar tales circunstancias al trazar las figuras de los cuerpos celestes, se han visto burlados. El tiempo es la hora del planeta, sobre la cual no se hallan todavía enteramente de acuerdo los mágicos.

El observar las conjunciones de las estrellas sirve para dar á conocer no solo la vida del hombre, sino tambien la vida de los imperios, de las religiones, del mundo. Entre los astrólogos se elogia mucho el cálculo de Albumazar, sabio como hay pocos, el cual encontró que la religion de Mahoma no durará mas de quinientos cuarenta y cuatro años, y la de Cristo mil cuatrocientos sesenta: acontecimientos de los cuales el primero ha salido errado, quizá porque olvidó alguno de los elementos mas necesarios del cálculo; á nuestros descendientes tocará ver realizado el otro.

Acercá de esta ciencia, tan extensa como útil, y no sé si diga esencial, basta por ahora con lo poco que llevo relatado. Ya tendremos ocasion de discurrir sobre ella con mas latitud, mostrando la índole de cada planeta, sus accidentes, conjunciones, significados y las partes de los juicios. Despues descenderemos á una infinidad de casos prácticos, anotando los que mas á menudo acaecen, para que sirvan á cada uno de norma en los mil accidentes de la vida. Todas esas cosas, ordenadas y claras, surtirán el efecto deseado, no ménos que las referidas hasta aquí.

Ahora me limitaré á dar algunos consejos importantes, pues los astrólogos lo han pasado mal muchas veces por haber dicho la verdad, y por haberse engañado. Evitará tales peligros, y obtendrá una fama igual á la de los médicos: 1º, el astrólogo que no se ocupe en adivinar, sino despues de hallarse perfectamente instruido en nuestra ciencia, en lo relativo á los planetas y á su posicion; 2º, el que aleje de sí todo sentimiento de odio, de amor y de temor; 3º, el que se abstenga de ir vendiendo sus oráculos por las encrucijadas; 4º, el que rehuse sus pronósticos á las personas que le instiguen, ó que tengan el horóscopo dudoso, ó que paguen poco; 5º, el que haga ántes un exámen profundo del hombre; 6º, el que no ejerza jamas su oficio con un hombre perverso, con un desconocido ni con un mal príncipe; 7º, el que no responda sino á los que le interroguen, ateniéndose á los puntos culminantes y en breves palabras; 8º, el que no anuncie á un príncipe desgracias, sino solo el peligro de estas; 9º, el que añada siempre á sus predicciones: « si no acaecieren peligros de calamidades comunes; si no obstaren las operaciones intermedias, » etc., etc.

La grandeza y virtud de los cuerpos celestes es tanta, que no solo las cosas naturales, sino hasta las artificiales, cuando se hallan expuestas á las celestes, reciben pronto las impresiones del agente poderosísimo. Por lo cual, empleando ademas de la mezcla de cosas naturales, el medio de las imágenes, de los sellos, de los anillos, de los espejos ú otras cosas, construidas bajo el influjo de ciertas constelaciones, se

pueden recibir algunas inspiraciones de arriba. Tal es el origen del arte de formar signos, que influyen en bien ó en mal. Por ejemplo, si se quiere labrar la dicha de alguno, es preciso hacer una imagen donde haya cosas afortunadas, como los signos y los planetas de su vida, su ascendiente feliz, el medio del cielo y los dominantes, una parte de la fortuna y el dominante de la conjuncion. Se obrará de la manera opuesta, si se desea labrar su desdicha.

Se comprende sin dificultad al ver tantas virtudes y tal influencia de los cuerpos celestes, que deben estar dotados de alma, pues que una operacion no puede verificarse simplemente por un cuerpo. Los poetas y los filósofos convienen en ello, ademas de mostrarlo la razon; porque no cabiendo duda de que todos los cuerpos imperfectos, las partes pequeñas del mundo y los animalillos mas mezquinos tienen vida y alma, sería extraño que careciesen de ambas cosas los cielos, las estrellas, los elementos. ¿Qué persona dotada de sentido comun negará que viven la tierra y el agua, siendo así que dan vida á tantos animales, á tan gran número de plantas? Y no solo tienen almas, sino almas que racionan; conociéndose los nombres de muchas, cuya evocacion es muy útil á los que profesan la magia. »

(I) pág. 208.

LA BRUJA DE PICO DE LA MIRANDOLA.

Apistio. Oye, bruja, dime: ¿fuiste al juego con el alma y el cuerpo reunidos, ó solo con la una sin el otro?

Bruja. Fui con el alma y con el cuerpo.

Apist. ¿Cómo se llama vuestro juego?

Bruja. Nuestros compañeros lo llaman el juego de la Señora.

Apist. ¿De qué modo fuiste allí?

Bruja. ¡Ah! no fui por mi misma; me llevaban.

Apist. ¿Con qué cosa?

Bruja. Con una agramadera para agramar el lino.

Apist. ¿Cómo es posible que te llevase esa agramadera, no llevándola alguno?

Bruja. La llevaba mi amante.

Apist. ¿Quién es tu amante?

Bruja. Luis.

Apist. ¿Es algun hombre así llamado?

Bruja. No, sino el demonio, que se presentaba á mi en forma de hombre, y al cual creía un dios....

Apist. ¿Te parecía un hombre tu amante?

Bruja. Sí, en todo, ménos en los pies; estos eran á modo de piés de ganso, y estaban vueltos hácia atras....

Apist. Dime, bruja, ¿no mostraba mas figura de pié que la de ganso cuando iba á verte?

Bruja. Jamas mostré otra.

Apist. ¿Cómo iba á tu casa?

Bruja. Unas veces llamado por mi, y otras de su propia voluntad.

Apist. ¿Iba siempre en forma de hombre?

Bruja. Sí, siempre que se entregaba conmigo á los placeres amorosos.

Apist. Pero, ¿qué placeres podía disfrutar con una mujer vieja y llena de arrugas?

Bruja. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

Dicasto. ¿De quién tienes miedo? ¿Qué es lo que te asusta?

Bruja. Miradle, miradle.

Dicasto. ¿Dónde está?

Bruja. Allí; es él; en la pared, en la pared.

Dicasto. ¿En figura de qué?

Bruja. De gorrion.

Dicasto. ¡Ah! Ved cómo ha tomado la figura de un ave muy libidinosa, de acuerdo con el modo de discurrir de la mala mujer que supera en su apetito in-

saciable y desenfrenado á todos los monstruos de la mas asquerosa licencia.

Apist. ¡Oh! ¿Cuánto me sorprende que ninguno de nosotros, excepto ella, vea ese fingido gorrion!.... ¿Es posible que tengas tan gran miedo de tu amante?

Bruja. ¡Ay de mí! Ántes no lo tenia; pero desde que he sido encerrada en la prision y he confesado, contra su voluntad, nuestros lascivos placeres, me aterra en extremo, y mas de lo que es posible describir. Alguna vez se detiene en aquella portezuela de la cárcel y en aquel ventanillo, repreniéndome y mostrándose muy enojado conmigo: luego me promete todo género de auxilios para sacarme de aquí, con tal que esté quieta y calle en lo porvenir, no confesando ninguna cosa mas, y por el contrario, negando lo que ya he confesado.

Apist. ¿Te asustaba cuando ibas al juego?

Bruja. No, en verdad.

Apist. ¿Ibas todos los dias, ó solo en algun tiempo determinado?

Bruja. Iba la segunda noche despues del sábado, y despues la cuarta noche, esto es, la noche del lunes y del juéves.

Apist. ¿Fuiste alguna vez de día?

Bruja. Jamas....

Apist. Ahora bien, dime, buena bruja, ¿qué significa eso de no ir á los bailes y juegos de Diana ó de Herodías, ó como los llamáis, de la Señora, en las otras noches? Me explicaré mas claro: ¿por qué no asistías las demas noches á los desagradables prestigios y criminales ilusiones del demonio? ó bien, ¿por qué no te parecía hallarte allí presente?

Bruja. No lo sé.

Apist. ¿Te disponías tú á la partida, ó bien esperabas á que él te condujese?

Bruja. Hacía como sigue: despues de formado el círculo, me ungió y montaba á caballo en una silla; é inmediatamente era llevada por el aire hasta el sitio donde se verificaba el juego. Tambien algunas veces pisoteaba en el círculo la hostia consagrada, pronunciando muchas palabras injuriosas, y entonces se presentaba mi querido Luis, con el cual gozaba de placeres amorosos, segun era mi voluntad.

Apist. ¿De qué se compone vuestro maldito juego?

Bruja. Entre otras cosas está compuesto en su mayor parte de sangre de niños.

Apist. ¿Dónde te ungió?

Bruja. ¡Ah! me avergüenzo de decirlo.

Apist. ¿Cómo! ¿impúdica y descarada meretriz! ¿te avergüenzas de contar lo que no te avergonzabas de hacer?

Bruja. ¿Y os admiráis de eso?

Apist. Vamos, emponzoñada sierpe, arroja el veneno. Pronto, pronto, di en qué parte te ungió.

Bruja. Pues que se me fuerza á decirlo, lo diré. Me ungió en aquellas partes que sirven para sentarme.

Apist. ¿Ved con qué honestidad lo ha dicho! Pero sepamos, ¿en cuánto tiempo eras conducida desde tu casa al juego?

Bruja. En poco.

Apist. ¿Pero.... ese poco?

Bruja. En ménos de media hora.

Apist. ¿Cuánto te alejabas de tierra al ser conducida?

Bruja. La altura de una torre regular.

Apist. Tambien me acosan grandes deseos de oír lo que pasaba en vuestro maldito juego. Así, buena bruja, si deseas que te preste auxilio, no te duela referir todo lo que allí se hace.

Bruja. Lo referiré. Habiendo llegado al rio Jordán... vimos á la Señora del juego sentada junto á su amante.

Apist. ¿Quién es su amante?

Bruja. No lo sé; pero si sé que es un hombre muy hermoso, y que vestía un rico traje de oro

Apist. Sigue.

Bruja. Llevamos á la Señora hostias consagradas; y ella, recibéndolas con alegre faz y graciosos modales, mandó colocarlas en una silla y que en desprecio de Dios las pisásemos, orinásemos é hiciésemos con ellas todos los escarnios imaginables.

Apist. ¡Buen Dios! ¿qué es lo que oigo? ¿quién fué el hombre perverso que te dió esas hostias consagradas para llevarlas á ese maldito juego?

Bruja. Don Benito Berna, persona muy conocida en este lugar.... Despues comimos, bebimos y nos entregamos á los placeres amorosos. ¿Qué mas queréis saber?

Apist. Quiero que refieras todo punto por punto. Pero ántes, dime, ¿qué se come en esas reuniones?

Bruja. Carne y los demas manjares que se acostumbra servir en los banquetes.

Apist. ¿Cómo obtenéis esas viandas?

Bruja. Matamos bueyes; aunque es verdad que estos resucitan luego.

Apist. ¿Á quién pertenecen?

Bruja. Á nuestros enemigos; y ademas sacamos vino de las cuvas ó bien de las botellas, para poder beber. Despues que hemos comido y bebido perfectamente, las mujeres buscan á sus amantes, esto es, al demonio en figura de hombre, para satisfacer su lascivia, y los hombres á sus queridas, que son tambien demonios en forma de hermosísimas doncellas. De esta manera todos disfrutan placeres amorosos, y satisfacen sus desenfrenados apetitos....

Apist. Pero, bruja, sabemos que los demonios no tienen carne ni huesos; ¿cómo, pues, comen, beben y se entregan á la lujuria? Responde pronto.

Bruja. Segun me parece, en cuanto á las partes pudendas son semejantes á la carne.

Apist. ¿Podrás ponerme un ejemplo de alguna cosa semejante á sus cuerpos?

Bruja. No lo sé bien; pero parecen semejantes á la estopa ó al bombasí cuando está comprimido y condensado. Tal es la impresion que causan al tacto; mas siempre están frios.

Apist. Continúa.

Bruja. Cuando nos saciábamos de los placeres carnales, éramos llevadas á nuestras casas.

Apist. ¿No iba á visitarte allí?

Bruja. Muchas veces. Tambien solia acompañarme cuando iba al mercado ó volvía de él. Me acuerdo que un dia, al dejar ya tarde el castillo, me acompañó, y ántes de llegar á casa, gozamos tres veces placeres amorosos....

Dicasto. Creo en la posibilidad de que disfruten grandes placeres, por muchas causas, de las cuales algunas referiré, callando otras en obsequio de la honestidad; pues debemos hablar siempre, especialmente si es en lengua vulgar, de modo que nos puedan oír las personas mas púdicas. Creo en tal posibilidad, porque el demonio se les aparece en una figura muy agradable, esto es, hermoso de cara, con seductores ojos y semblante alegre, pues que le importa poco fingir y aparentar una forma fea ó verdaderamente bella, y toma por tanto las que cree mas del agrado de aquellos á quienes pretende engañar: tal es la razon de que halague y atraiga á sí á esas mezquinas mujerzuelas con su belleza simulada, sus ojos seductores y sus lascivos modales. Para mas engañarlas, se finge enamorado de ellas. Obra del mismo modo respecto de aquellos miserables hombres, tomando la figura de hermosas jóvenes, con todas las proporciones de miembros, todos los encantos, todas las apariencias licenciosas que desea, á fin de que el engaño sea mas seguro. Luego hace que los placeres que disfrutan con estas falsas imágenes, sean mucho mayores que los que pudieran experimentarse con mujeres y hombres verdaderos. Juzga, pues, ¿cómo los engañará y cazará el demonio! Así lo contaba el perverso encantador Don Benito; añadiendo que le parecía haber sentido mayor

placer con el demonio, bajo aquella falsa imágen, llamada por él Armelina, que con todas las demás mujeres en cuyos brazos se había entregado á los goces de los sentidos. Y no creáis que estas fuesen en corto número, pues ese inmundo animal, calificación que merece mas que la de hombre, hasta había tenido un hijo de su hermana. Nada de lo que digo es secreto; al contrario, son cosas que constan en los procesos que se han formado contra él. Tan poseído estaba ese miserable de su diabólico amor, y tan brutalmente se abrasaba por su querida Armelina, ó sea el demonio en forma de mujer, que muchas veces paseaba con ella en la plaza é iban hablando como dos personas que andan juntas, aunque nadie la veía. Así es que, oyendo hablar y no viendo mas que á Don Benito, todos le juzgaban loco. Oid las maldades que ejecutaba llevado de su amor á Armelina. No bautizaba á los niños que le llevaban con tal objeto, segun se acostumbra entre Cristianos, sino que fingía hacerlo, y los volvía á mandar á sus casas sin bautismo: no consagraba las hostias cuando decía misa, contentándose con aparentarlo, y ocultando el engaño con los gestos usuales y cierto murmullo; en este estado las sometía á la adoración del pueblo. Si alguna vez consagraba realmente la hostia, al elevarla para que la viesen los fieles, como es costumbre, lo hacia trastornando la posición de la figura representada en ella, esto es, poniendo con los pies hacia arriba al crucifijo u otra imágen, en vituperio ó escarnio de Dios y de su santísima fe. Despues las conservaba, para darlas á las mujeres y á los hombres de mala vida, á fin de que las llevasen al juego maldito. De este modo aquel amor diabólico y bestial era causa de tantos pecados. Existe además otro necio y loco del mismo género, cuyo nombre es Pinetto, el cual ama tan desenfrenadamente á un diablo, que se le aparece en forma de mujer, y á quien llama Florina, que me ha dicho muchas veces preferiría arrostarse toda clase de martirios antes de renunciar á tan hermosísima amante, con la cual ha disfrutado de tantos placeres amorosos durante cuarenta años. Su locura ha llegado al punto de no creer en otro Dios que en ella. Ved cuán envueltos se hallan esos miserables hombres en las redes del demonio. Ni os figuréis que esos perversos despreciadores de la santísima y gloriosísima fe de Cristo, en su frenesí amoroso, solo cometan pecados contra la sagrada hostia y la fe; pues ejecutan otros innumerables crímenes: por ejemplo, roban las cosas ajenas, contaminan todos los lugares con sus maleficios, y principalmente están sepultados en los adulterios, estupro, incestos y fornicaciones. No les detiene el cometer los pecados con parientes, hermanas, hermanos y otras personas. Matan á los niños, chupan su sangre, hacen descender del cielo truenos espantosos, devastan los campos y los frutos con crueles tempestades y embravecidos vientos, hasta el punto de parecer que se hubieran conducido con mas templanza los que antiguamente encontraban los frutos, y contra quienes fué hecha la ley escrita en las Doce Tablas.

Apist. Bruja, ¿has puesto alguna vez en acción el trueno y el rayo?

Bruja. Sí, muchas.

Apist. ¿Has assolado las mieses con el granizo ó las tempestades?

Bruja. Una vez sola no; muchas.

Apist. ¿De qué modo?

Bruja. Despues de trazar el círculo, inmediatamente se presentaba mi amado Luis, no en forma de hombre, sino de fuego. Entonces empezaba á inflamarse el aire, se oían los truenos, el cielo relampagueaba, y el granizo y la tempestad arrasaban los campos, en especial los de nuestros enemigos, que deseaba ver assolados completamente.

Apist. Dime, ¿por amor á quién causabas tanta ruina?

Bruja. Me inducía á obrar el odio, no el amor.

Dicasto. Tenia el perverso Don Benito, de quien ya hemos hablado, setenta y dos años, cuando le apagamos la llama del criminal amor que profesaba á Armelina, ó sea á su diablo en forma de mujer, con otra llama muy grande, procedente de un enorme monton de leña, y todo quedó convertido en ceniza; tal es la manera de apagar un fuego con otro fuego. Conozco dos personas mas, abrasadas de un amor semejante; una de ellas pasa de los setenta y cinco años; la otra ha visto ochenta solsticios; ambas iban á ese profano y maldito juego ocho veces cada mes. Se sabe por testimonio y confesion de muchos de esos infenos y maldados, que no son una, dos, ni tres brujas, ni se limitan á tres ó cuatro mágicos y hombres perversos los que asisten al diabólico juego; estando perfectamente averiguado que van en gran número y multitud, de suerte que, segun cálculo, se encuentran en esa maldita reunion mas de doce mil personas....

Apist. Oye, buena bruja, dime: has matado algun niño?

Bruja. Uno solo no; muchos.

Apist. ¿Con el cuchillo ó con la maza?

Bruja. Con la aguja y los labios.

Apist. ¿De qué modo?

Bruja. Entráramos de noche en las casas de nuestros enemigos, por las puertas, ó bien por los conductos abiertos á nosotros, y mientras dormían los padres, cogíamos á los niños, los lleváramos junto á la lumbre, les claváramos la aguja por debajo de las uñas, y colocándolos los labios en la herida, extraíamos tanta sangre como podia contenerse en la boca, trágando alguna, y guardando el resto en un pequeño vaso, que se empleaba despues en elaborar el unguento con que nos untáramos las partes pudendas cuando queríamos ser conducidas al juego.

Dicasto. Para que no creáis que son fábulas, sueños ó meros juegos de la fantasía, y que no ha sucedido nunca real y verdaderamente eso de ir por las casas de este ó aquel matando niños, os diré que se han encontrado pobres criaturas, aun en la edad de la lactancia, con los dedos agujereados debajo de las uñas.

Apist. Responde, bruja; pues me sorprende que no gritasen y llorasen esos niños, cuando los tratábais tan mal, y les clavábais las agujas.

Bruja. Entonces están dormidos, de modo que no sienten; pero luego, cuando despiertan, lloran, gritan, se ponen malos y algunas veces mueren.

Apist. ¿Por qué no mueren todos?

Bruja. Porque los curamos, suministrándoles remedios beneficiosos, en atención á que nos producen grandes beneficios.

Apist. ¿Quién os ha enseñado á usar esos remedios?

Bruja. Los demonios.

Apist. ¿Qué os prometen estos?

Bruja. Una vida larga, grandes riquezas, y continuos placeres carnales, que poseemos y nos proporcionan sumo deleite.

Apist. Dime, por la fe de que careces, ¿te dió alguna vez dinero?

Bruja. Me dió un poco que no tardó en desaparecer. Sin embargo, he reservado unos cuantos sueldos....

Apist. Basta. Pero dime, bruja, ¿conociste que tu amante te estaba engañando?

Bruja. Nunca.

Apist. ¿Cómo es posible? ¿Cuando veías desaparecer el dinero, qué opinabas?

Bruja. No paraba las mientes en ello. Y cuando volvía y nos entregáramos á los placeres amorosos, era tan fuerte el lazo que me echaba al cuello que solo pensaba en él.

Apist. ¿Qué exigía de ti en cambio de tantas promesas, de tantos placeres carnales, de tales muestras de amor?

Bruja. Solo exigía de mí que renegase de la fe de Cristo, que no esperase en este, sino en él, ante quien debía arrodillarme, adorándole y teniéndole por Dios....

Apist. Di, bruja, ¿en qué te diferenciabas de los buenos Cristianos?

Bruja. En nada. Iba á la iglesia; me confesaba en la cuaresma de todos mis pecados, excepto de este; despues me dirigía con los demás á la mesa de la comunión. De este modo no había ninguna diferencia entre mí y las otras mujeres. Mi amante no me prohibía hacer esto; solo me exigía que dijese algunas cosas en voz baja, y que ejecutase algunos actos en secreto; nada mas.

Apist. Refiere el todo, punto por punto.

Bruja. Cuando iba á la iglesia los días de fiesta, me ordenaba que, mientras leía el sacerdote la misa en alta voz (como se acostumbra), dijese en voz baja: No es cierto; mientes con toda la boca. Y cuando levantaba la hostia consagrada sobre la cabeza, para mostrarla al pueblo, á fin de que fuese adorada y reverenciada, quería que volviese á otro lado la vista, y que no la mirase; tambien me mandaba que colocase las manos atras, y que doblase los dedos debajo del vestido, como veís que hago ahora, lo cual equivalía á un soberano desprecio. Luego me decía que no debía descubrir nada de nuestros placeres amorosos al confesor, ni aun de las cosas pertenecientes al juego. Lo demás ninguna importancia tenia á sus ojos, y no se cuidaba de que lo dijese ó callase al confesor. Quería tambien que cuando fuera á comulgar, segun el uso establecido, no bien pusiesen la hostia en la boca, la sacase, fingiendo engargarme los labios, y conservase en el pañuelo para llevarla al juego, con objeto de insultarla y escarnecerla de la manera que he referido antes, y de que la pistearan como va relatado. Además, llevaba siempre cosidas en mi vestido dos hostias consagradas, pues me decía que era tal su virtud, siendo llevadas así, sin respeto alguno, y mas bien con vituperio, que jamas podia confesar nuestros placeres, ni nada del juego, aunque me interrogase el inquisidor, ni con tormentos, ni de ningún otro modo. Sin embargo, como me apremiase el inquisidor, amenazándome con martirizarme gravemente, si no confesaba nuestros delitos, me ordenó aquel demonio feroz que arrojase las hostias en el vaso que me había llevado el carcelero para hacer mis necesidades.

Apist. ¿Ejecutaste esa orden infame?

Bruja. ¡Ay de mí, pobre y miserable! La ejecuté, en efecto. Pero no os duela oír una cosa en extremo horrible y espantosa que sucedió: al romper aquellas sacratísimas hostias en el estiércol con una vara, vi brotar de ellas la sangre viva....

(K) pág. 207.

DE LAS REUNIONES NOCTURNAS DE LAS BRUJAS, Y SI ES VERDADERA SU TRASLACION DE UN PUNTO Á OTRO.

Tomamos lo siguiente de la obra de MARTIN DEL RÍO, titulada *Disquisitionum magicarum*, libro III, c. 16.

« La primera opinión es que aquellas no intervienen en tales cabalgatas y reuniones, sino espiritualmente ó por una ilusión diabólica: así lo pensaron Lutero, Melanchton y otros muchos sectarios; como tambien algunos católicos de España é Italia, por ejemplo, un tal Samuel, fraile francisco, autor de la *Fortaleza de la fe*, Martin de Arles, canonista, y entre los Italianos Ponzinibio, Juan Bautista de la Porta en el libro II de su *Magia natural*, y Alciato en el libro VIII, *Parerg.* cap. 21, en cuya época no se conocía aun á fondo el asunto. Lo mismo opinan Ulrico Molitore (*De Python. mulieribus*, cap. 8), Duareno, y tambien Leonardo Vairo (*De fascino*, lib. II, cap. 13); si bien

sus argumentos son poco fuertes. ¡Pues qué! ¿Asegúrase esto tan solo de mujercillas, como se dejó decir Alciato? ¿De dónde proviene entonces, que tantos hombres doctos, ilustres y prudentes, segun el siglo, confiesan todos los días la misma cosa, y son castigados por ello? Digase que alguno, cuyos sentidos, así interiores como exteriores, están entorpecidos y embotados, y que tiene enferma su fantasía, es víctima del demonio; digase, que una vez dañadas las fuerzas del cuerpo y las facultades del alma, puede el diablo hacer creer al hombre mas cosas que las que se figuran ver los ebrios é hipocondriacos, como enseña San Agustín; que son de tres clases los fantasmas, como notó perfectamente él mismo: y ¿qué se habrá probado con esto? que las brujas pueden engañarse, pero no que se engañen siempre. Ni es mayor prueba lo que él propio dice, acerca de las visiones prodigiosas, en sus cartas á Enodio; pues declaro que las almas no dejan los cuerpos, separándose de la contraria opinion de Bodino; declaro que los sentidos corporales se adormecen á menudo por completo, y que esas imágenes se presentan con una viveza tal que, ya despiertos, creemos haber oído, visto y hecho cosas que no han existido jamas. Sé muchos ejemplos de semejante engaño; como el del reo que, segun decía, había estado en el palacio de Dite (1); el de Gennadio, que creía haber asistido á él en los coros de los bienaventurados (2); el de un filósofo platónico, que se aparecía en sueño á otro, dándole lecciones (3); el de un padre, que mirando á la luz del día á su hija, creía ver una vaca (4).

Y no importa que sus cuerpos fuesen encontrados á menudo yaciendo en el mismo sitio, ni que se movieran de él, como se cuenta de Olao, de Tostato, de Grillando y de otros; ni tampoco el hecho referido en la vida de San German de las mujercillas á quienes parecia dar un banquete, y que sin embargo fueron halladas en sus casas durmiendo, y otras cosas por el estilo. Pues la única consecuencia que se saca es que esas mujercillas suelen engañarse, pero no que se engañen siempre. Si solo nos apoyásemos en conjeturas, tendria sin duda algun peso el argumento de Alciato, cuando pregunta, por qué no pudiera ser que el diablo se encontrase en lugar de la mujer, que hemos dicho se había metido en la cama con el marido? Pero no partimos de conjeturas, y si de la unánime confesion de los reos de todos los siglos, naciones y sexos, eclesiásticos ó nobles, contra la cual no tiene la conjetura valor alguno. Micol engañó á los satélites de su padre sustituyendo, en vez de David, un maniquí: así tambien el demonio, tomando un cuerpo y colocándolo en la cama, puede y suele engañar al marido....

Oponen á esto el libro de San Agustín *De spiritu et anima*, cap. 21, donde se leen casi las mismas palabras que en *c. episcopi* 26, c. 5, que parece excomulgan á los que prestan fe á tales anécdotas de las mujercillas. Ese cánón es el Aquiles de los contrarios; con él se escudan y atacan. Respondo que aquel libro no es de San Agustín, ni de San Gregorio, á quien lo atribuyó el carmelita Juan Beezio, sino de Hugon Victorino, ó bien de Hugon Eteriano: la opinion de su autor, quienquiera que sea, no es otra que la del prenombrado cánón. Algunos disminuyen la autoridad de este, por cuanto es solamente emanacion de un concilio provincial, sujeto á engañarse; pero yo no quiero echar mano de tal recurso. Otros niegan que haya sido dictado por el concilio de Ancira, pues que no se encuentra en los ejemplares griegos y latinos de aquel sínodo; mas tampoco me agrada esta solución, visto que el cánón existe en algunas

(1) ALEX. AB ALEX, *Genial. dier.* lib. 6.

(2) S. AGUSTIN, *Epis.* 101.

(3) S. AGUSTIN, *De civ. Dei*, lib. XVIII, cap. 18.

(4) *Vita sancti Macarie.*